

NUÑEZ, Clara Eugenia y TORTELLA, Gabriel (eds.): *La maldición divina. Ignorancia y atraso en perspectiva histórica*, Madrid, Alianza Universidad, 1993, 425 páginas, 2.800 pesetas.

Pocas son las veces que autores de reconocida talla internacional acceden a ser editados por profesores españoles. Sin embargo, éste es el caso del libro que comentamos, donde Clara Eugenia Núñez y Gabriel Tortella nos presentan, bajo un título algo equívoco, una panorámica sobre las relaciones entre la ignorancia y el atraso económico, que sorprende gratamente por la ambición y la calidad de las colaboraciones.

En la introducción, se nos advierte que el libro no pretende ser una colección de artículos retóricos sobre el tema, sino que, por el contrario, se hace explícito que las modernas teorías económicas sobre el capital humano son el hilo conductor de toda la obra. Así, el «factor residual» de Solow, el «capital humano» de Schultz o los «avances en el conocimiento» de Denison, son principios conceptuales que se repetirán constantemente. Al fin y al cabo, como señalan los autores, la historia aporta un campo de experimentación donde contrastar, a largo plazo, los modelos que elabora la teoría económica.

Dos estudios generales de David Mitch y Lars G. Sandberg abren el libro. El primero, muy escéptico, sobre la verdadera importancia de la educación general sobre el desarrollo económico («los analfabetos no son necesariamente irracionales o incapaces de aprovechar oportunidades lucrativas»); el segundo, por el contrario, convencido de que la educación es un factor vital en la convergencia entre los países («hay mucho que decir a

favor de la descomposición del atraso en pobreza e ignorancia»). Sandberg va más allá, y llega a afirmar que la alfabetización en 1850 pronostica sorprendentemente bien los ingresos por habitante en la década de 1970. Los términos del debate están servidos.

El resto del libro está estructurado en tres grandes apartados: «Las primeras industrializaciones», «Los rezagados» y «Otros continentes». El primero se inicia con un trabajo de Stephen Nicholas sobre Inglaterra, que en gran parte es un análisis de este problema en torno a una dudosa muestra de más de 10.000 personas que fueron deportadas a Nueva Gales del Sur (Australia) entre 1817 y 1840. Que se diga que la mayor parte de los crímenes solían ser cometidos por hombres y mujeres ordinarios (!), y que sólo a veces delinquían, creo que no es suficiente para alejar todas las dudas acerca de la representatividad de la muestra. En cualquier caso, se sugieren algunas ideas muy interesantes. Por ejemplo, que la probabilidad de aceptar la movilidad geográfica aumenta con la alfabetización, o que la tradición británica de formar «hombres prácticos» en el puesto de trabajo dejó de ser útil ante la gran complejidad científico-técnica de la segunda revolución industrial. Tampoco parece que Gran Bretaña haya resuelto este problema educativo en la tercera revolución industrial, pues en el artículo que sigue, debido a Derek H. Aldcroft, se critica que hoy día Gran Bretaña permanezca gravemente atrasada con respecto a sus principales competidores.

Muy diferente parece haber sido la evolución educativa de Francia y, sobre todo, de Alemania. El trabajo de Jerald Hage y Maurice Garnier está consagrado a destacar las ventajas de estos sistemas, donde, desde siempre, la educación técnica y la formación profesional han desempeñado un papel de primera magnitud. Primero las *Hochschulen* alemanas, y un siglo después, el Institut Universitaire de Technologie francés, constituyen el mejor modelo de universidades técnicas, y vienen a coronar todo un sistema educativo establecido sobre bases sensatas. Quizás lo más discutible del planteamiento de Hage y Garnier sea la insistencia en que esto sólo fue posible porque se trataba de países con Estados fuertes, los cuales son siempre «mejores coordinadores-que-los-mercados».

En el apartado de «rezagados», Núñez y Tortella sitúan a Italia, España, Portugal y Rusia. Sobre Italia se presenta un trabajo muy interesante de la profesora Vera Zamagni, donde se concluye que partiendo de niveles muy bajos de alfabetización (en 1861 incluso inferiores a los españoles), puede decirse que la convergencia de las regiones atrasadas, a partir de 1951, ha sido mayor en aquéllas que alcanzaron previamente un nivel más alto. Por su parte, la profesora Núñez presenta un resumen de un ambicioso trabajo anterior, *La fuente de la riqueza* (1992), donde estudia la alfabetización y el desarrollo económico de España en el largo plazo. Interesantes aportaciones de su análisis son el descubrimiento del desfase temporal de una generación en la correlación entre las tasas de alfabetización y la renta por habitante, y la importancia de acortar el

«diferencial sexual» (la diferencia educativa entre hombres y mujeres) para lograr mayores tasas de crecimiento. Finalmente, el trabajo de Jaime Reis pretende explicar el grave atraso portugués por la inhibición del Estado, y el trabajo de Borís N. Mironov es una aproximación econométrica al caso ruso, en cuyas conclusiones se aproxima a Sandberg, aunque tiene aportaciones originales como el «efecto eco» (que explica el lag antes aludido de 120 años como sucesión de *lags* más pequeños de unos 30 años) o el recordatorio de que también la educación puede tener rendimientos marginales decrecientes.

Cierran el libro los trabajos de Susan B. Hanley sobre Japón, Mitsuhiko Kimura sobre Corea y Clara E. Núñez sobre América. Los casos japonés y coreano sorprenden por su tradicional alto grado de nivel educativo. Incluso en el Japón Tokugawa o la Corea Yi, la educación estaba bastante extendida. Además, el bien estructurado sistema educativo se vio pronto complementado con una bien dirigida formación en las empresas. Sin embargo, el artículo de Kimura deja claro que el pueblo coreano manifestó una fuerte resistencia a dejarse asimilar por el sistema educativo japonés. Un factor que, por el contrario, ambos casos tuvieron en común fue la importancia de la guerra como aglutinador de reacciones nacionalistas que favorecieron la extensión de una «educación nacional». El último artículo se debe a Clara E. Núñez, y en él se destaca la extraordinaria rapidez de la alfabetización norteamericana (90% en 1840), que, sin duda, influyó en el vertiginoso crecimiento de la productividad. Todo lo contrario es aplicable a la América hispana, que reflejó el atraso educativo de los inmigrantes latinos.

En definitiva, un libro abierto, preñado de ideas tan sugerentes como bien argumentadas. Un trabajo que no debería pasar inadvertido para cualquier interesado en descubrir la «fuente de la eterna riqueza».

José Luis GARCIA RUIZ

OJEDA MARÍN, Alfonso: *Estado social y crisis económica*, Editorial Complutense, Madrid 1993, 124 páginas.

Alfonso Ojeda Marín es profesor titular de Derecho Administrativo en la Facultad de Ciencias Económicas y empresariales de la Universidad Complutense de Madrid.

La obra que nos presenta consta de siete partes, donde pone de manifiesto las notas más relevantes del Estado social y su relación con la Constitución española.

Comienza con un repertorio terminológico para denominar aquella forma de Estado en la que prevalece el aspecto social. Así, las expresiones más conocidas sean «Estado social» y «Estado del bienestar». Define el Estado